# LAS ARMAS-TROFEO EN LA CULTURA IBÉRICA: PAUTAS DE IDENTIFICACIÓN E INTERPRETACIÓN

POR

M. CARME ROVIRA HORTALÀ

## RESUMEN - ABSTRACT

El estudio arqueometalúrgico de algunas espadas de tipo céltico y de un puñal celtibérico férricos localizados en núcleos residenciales ibéricos catalanes constata que fueron amortizados intencionalmente para exhibirlos clavados sobre un soporte.

Han aparecido en el interior y exterior de edificios de uso ritual, así como en silos, en niveles de los s.III y II a.C., a menudo junto a ofrendas faunísticas, cráneos humanos atravesados por clavos o mandíbulas sueltas.

Su asociación con el ritual de las cabezas cortadas indica que los paralelos culturales más próximos se hallan en el mundo céltico, especialmente entre las comunidades galas del Golfo de León de finales de la edad del hierro, pero se analizan también sus posibles conexiones con los trofeos griegos.

The archaeometalllurgical study of some iron celtic style swords and a celtiberian dagger found in iberian residential nucleus from Catalonia (NE Spain) verifies that they were intentionally made useless in order to be shown, nailed on a stand.

These items belong to levels from the 3rd and 2nd centuries B.C., located outdoors and indoors of ritual buildings, as well as in some storage-pits, often with animal offerings, human skulls pierced by nails and jaws.

The association with cutheads shows that the closest cultural parallels are in the celtic world, specially between southern gal communities from the end of the Iron Age, although possible connections with greek spoils are also pointed out in this paper.

## PALABRAS CLAVE - KEY WORDS

Iberos. Armamento. Rituales. Trofeos. Nordeste peninsular. Edad del hierro.

Iberians. Armour. Rituals. Spoils. Northeast Spain. Iron.

## 1. PRESENTACIÓN.

Los procedimientos de amortización de las armas son bien conocidos en el ámbito funerario ibérico: se inutilizaban mediante la desmembración, la cremación, y la deformación, sin llegar a destruirlas totalmente. Estas acciones, ejercidas conscientemente bajo pautas regulares, se documentan ampliamente en toda la cuenca mediterránea, difundiéndose por el continente europeo a partir del bronce medio, en paralelo a la expansión del rito de la incineración (Beyneix, 1997: 157-158) (Lejars, 1989: 32; 1994: 113-116). Su significado, ha sido inter-

pretado desde una perspectiva funcionalista por algunos autores, o bien en clave ritual (aparentemente más acertada), tal como recoge Quesada (1997: 641-643).

El estudio de materiales procedentes de nuevas excavaciones así como la revisión de conjuntos antiguos, nos permite constatar ahora que la amortización selectiva de armas también se produjo en el contexto habitacional del área ibérica septentrional[1], concretamente sobre espadas de hierro procedentes del núcleo rural del Mas Castellar (Pontós), y los poblados del Puig de Sant Andreu, y l'Illa d'en Reixac (Ullastret) en Gerona, además de sobre un puñal del establecimiento del Turó del Vent (Llinars del Vallès, Barcelona) (fig. 1), tal como ya habíamos avanzado (Rovira, en prensa).

En algunos casos, las trazas del tratamiento, por ejemplo las deformaciones, se manifiestan claramente a simple vista, sin embargo otras peculiaridades como las perforaciones o los restos de clavos que atraviesan las hojas y sus fundas, resultan más difíciles de reconocer, sobretodo en las piezas procedentes de excavaciones antiguas ya que a menudo están muy alteradas. Hemos verificado la existencia de tales evidencias a partir de exámenes minuciosos, recurriendo incluso a su exposición bajo rayos X en el «Servei de Diagnòstic per Imatge» del Hospital de Santa Caterina de Gerona. El equipo empleado es un PHILIPS X-12 Diagnost 90/S teledirigido, y las placas del tipo Agfa Curix PP2. La tensión e intensidad de la corriente se han adaptado a cada uno de los materiales estudiados, oscilando entre 50-60kV, 126-130 As y 63-65mA respectivamente, con un tiempo de exposición de 2s.

## 2. INVENTARIO DE MATERIALES

### — El Mas Castellar (Pontós)

Hemos detectado que dos de los elementos de panoplia bélica aportados por las excavaciones de Mas Castellar de Pontós, bajo la dirección de E. Pons, fueron perforados intencionalmente. Se trata de una vaina de espada y de un conjunto de espada y funda de hierro, de tipo La TèneII.

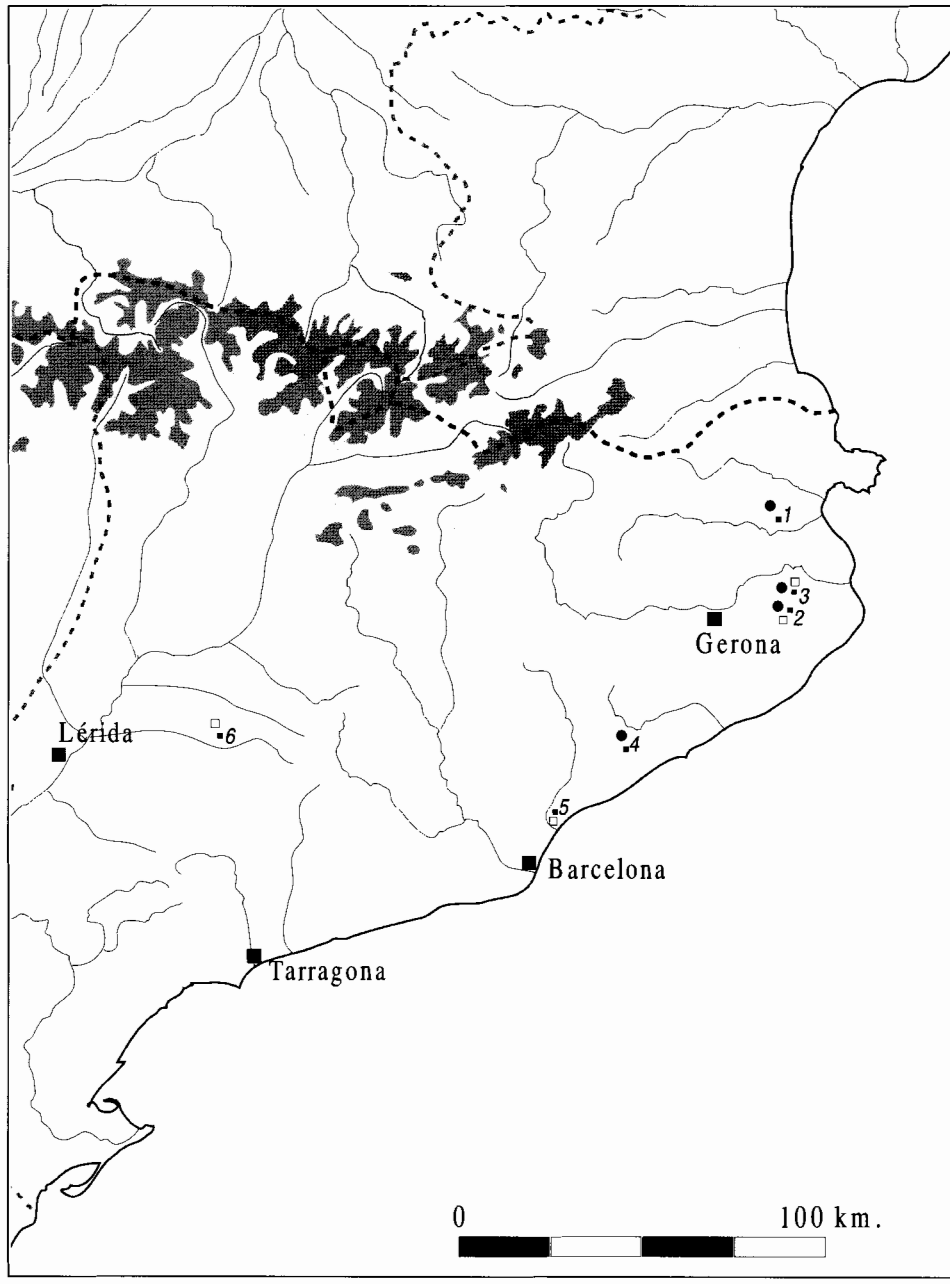
De la primera (MC-93-10.025-4-16) se conserva aproximadamente la mitad superior, de 45 cm de longitud i 5,5 cm de ancho. Presenta una perforación de 0,5 cm de diámetro en cada cara, situadas simétricamente a nivel del pasador de suspensión (fig.2.1). Fue hallada en la «casa compleja 1», concretamente en el pórtico (espacio 7a) del sector 3[2], cuyas dimensiones y orientación particular en relación al conjunto edificado, así como el hallazgo en su interior de un excepcional altar/pilar esculpido en mármol del Pentélico, quemadores de productos aromáticos, vasitos en miniatura para libaciones, ofrendas faunísticas y la mandíbula de un hombre adulto, distribuidos entre los distintos hogares y una fosa indicarían su uso como capilla doméstica durante la última fase del establecimiento (200-175 a.C.) (Pons, 1997).

Otra arma de modelo continental perforada antrópicamente (MC-96-100.014-4-3) apareció abandonada en la calle 100, cerca de la entrada de la sala 7, en un nivel fechado entre los

---

[1] Agradecemos la colaboración de los Sres. M.A. Martín, J. Caravaca y E. Pons al facilitarnos repectivamente el estudio de los materiales de Ullastret y Mas Castellar de Pontós, depositados en el Museu d'Arqueologia de Catalunya, así como las indicaciones y documentación gráfica del Sr. R. Álvarez sobre la pieza del Turó del Vent, a la que pudimos acceder en el Museu de Granollers. Las aportaciones de los Sres. A. Rapin, D. Delhoume, M. Ferré, E. Teixidor y el personal del S.D.I. de l'Hospital de Santa Caterina de Girona también han sido de gran utilidad durante la realización de este estudio.

[2] A poca distancia, ya dentro de la propia estancia ritual, se hallaron restos de otra vaina de espada del mismo tipo, entre la entrada y el altar, junto a huesos de cánidos, en un estrato ceniciento. Su deficiente estado de conservación no permite observar hipotéticas perforaciones.




● **Armas** ▫ **Cráneos**

1. Mas Castellar (Pontós)
2. Puig de Sant Andreu (Ullastret)
3. Illa d'en Reixac (Ullastret)
4. Turó del Vent (Llinars del Vallès)
5. Puig Castellar (Santa Coloma de Gramenet)
6. Molí de l'Espígol (Tornabous)

Fig. 1. Mapa de distribución de los hábitats ibéricos donde han aparecido armas y/o cráneos enclavados o manipulados.

años 225 y 175 a.C. Había perdido el extremo de la espiga así como buena parte de la cara dorsal de la funda. Esta presenta la boca acampanada y el pasador de suspensión con apéndices de tendencia oval.

El conjunto mide 75 cm de largo y 5,2 cm de ancho y fue doblado intencionalmente casi por la mitad, de manera que no se puede desenfundar. Una perforación central ligeramente oval, con un ligero reborde, lo atraviesa de parte a parte. La espiga también está torcida.

— L' Illa d'en Reixac (Ullastret)

En el sector 2 de la zona 15 de este poblado apareció una espada de tipo La Tène II (IR-93-15078), con su vaina de hierro (fig.2.3), cuya curvatura intencional también impide separarlas. El conjunto, despuntado, mide 96 cm de largo, entre 1,7 i 5 cm de ancho y entre 0,8 i 1,6 cm de grosor. La espiga, de sección cuadrangular, presenta 7 cm de largo, y de 1,6 a 1,4 cm de grosor. La vaina, de boca acampanada, conserva el pasador de suspensión y un refuerzo transversal por la otra cara.

Se distingue por dos perforaciones de aproximadamente 1 cm de diámetro que atraviesan la hoja y su funda. La superior queda en parte oculta por el puente del pasador y la oxidación del metal, mientras que la otra se muestra claramente hacia la mitad de la pieza. Ambas han sido verificadas visual y radiográficamente (lám. I).

La zona 15 es un complejo arquitectónico de unos 1000 m2 de uso cultual según Martín *et alii* (1997). Se halla en el extremo meridional del poblado, entre las calles 9, 13 y 14. La espada mencionada apareció sobre el pavimento de la sala 2, formando parte de un depósito de ofrendas, del último tercio del s.III a.C. Allí, cerca de la entrada que comunica con la calle 9, se acumulaba además de algún otro pequeño elemento metálico y óseo, gran cantidad de ánfora, varias páteras, un ungüentario y en uno de los ángulos, una concentración de vajilla cerámica rota «in situ» local y de importación. Entre los distintos recipientes, se contaban productos de campaniense A i del taller de Rosas. Junto a ellos, tres ofrendas faunísticas de diversas especies, acompañadas de vasitos cerámicos modelados para libaciones.

En el rincón nordeste se agrupaban un fragmento de calota craneal y tres mandíbulas inferiores humanas, una de las cuales presentaba lesiones causadas por un instrumento cortante metálico, delgado pero pesado (Agustí, 1997: 274), originadas a raíz de la decapitación del hombre, en combate, ejecución o incluso a consecuencia de un tratamiento postmortem.

En la misma zona 15, pero en el exterior del edificio y concretamente a lo largo de la calle 9, se detectaron otros elementos armamentísticos con indicios de manipulación, como ciertos fragmentos de vaina férrica plegados. Se localizaron junto a la entrada noroeste del recinto, en el denominado sector 19, un espacio abierto que comunica con dicha calle. Hay que señalar que estaban asociados a restos craneales humanos, entorno a un pilar de piedra. Otros similares aparecieron no lejos de allí, en la confluencia del citado sector 19 y el ángulo sudeste del 16.

Significativamente, en esta misma calle 9, las excavaciones de M. Oliva ya habían descubierto hace años un conjunto de características rituales formado por dos craneos humanos (uno de ellos trepanado), vasos en miniatura y un inusual recipiente modelado, así como un morillo antropomorfo (Martín *et alii*, 1997: 44).

— El Puig de Sant Andreu (Ullastret)

Los hallazgos del silo 146 excavado por M.Oliva en 1969 en el Puig de Sat Andreu (Vilà, 1979-1980), nos permiten demostrar que las armas amorizadas y las cabezas cortadas, sufrieron un tratamiento similar contemporáneamente e incluso que pudieron exhibirse conjuntamente.

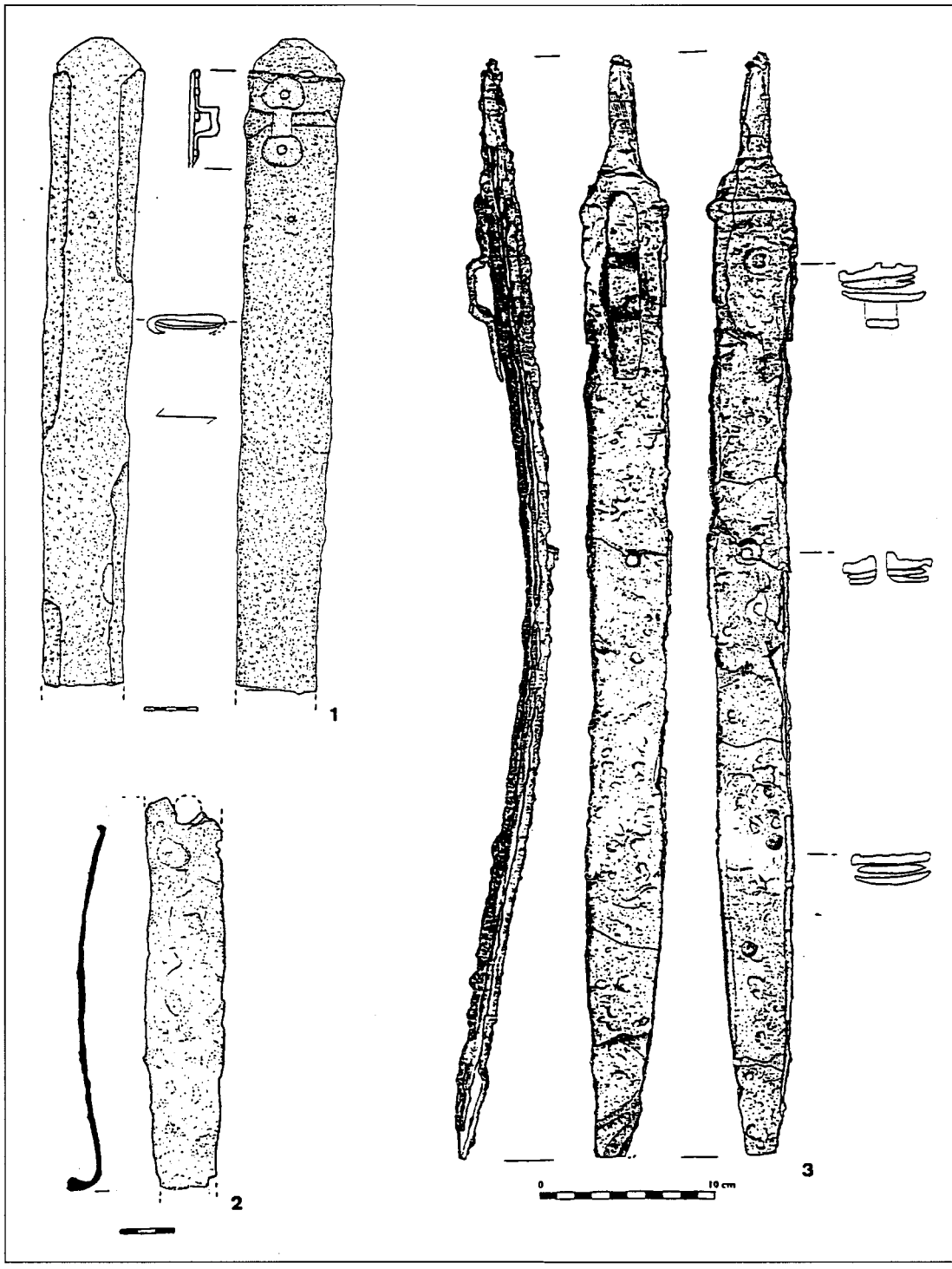
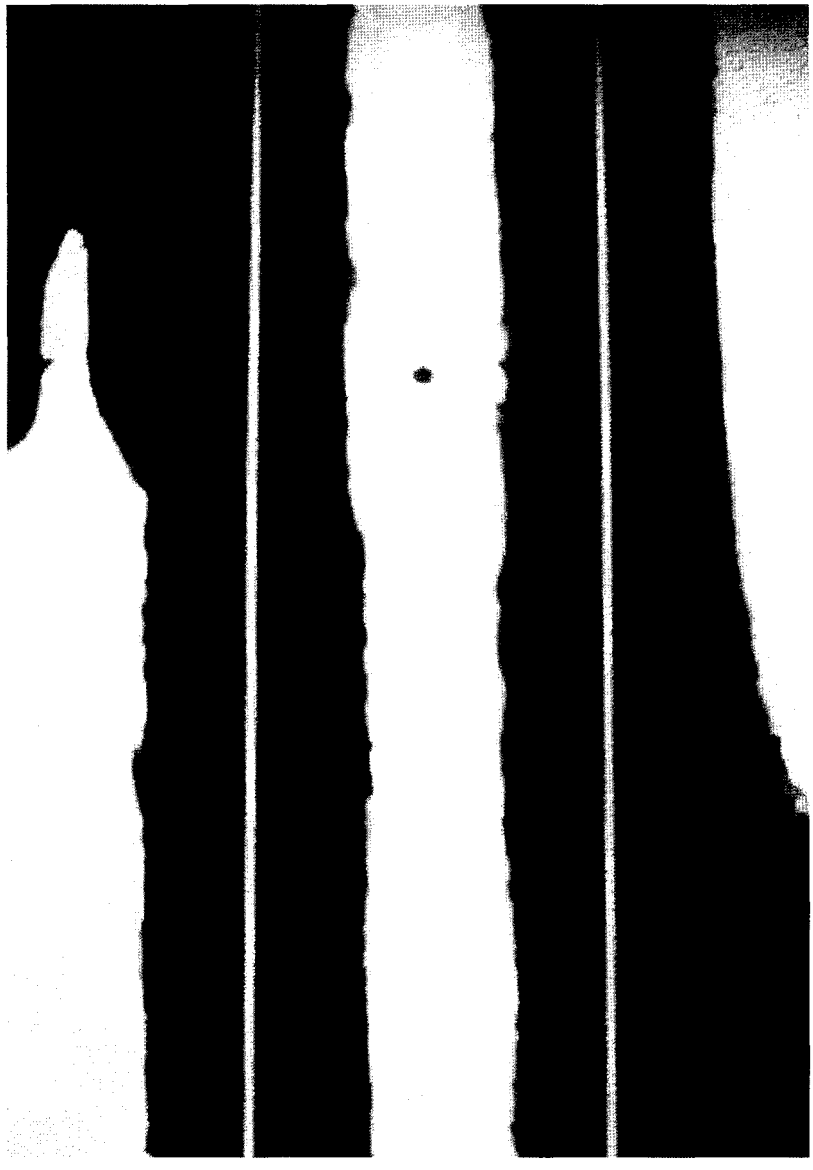



Fig. 2. Armas perforadas del ámbito indikete: 1. Mas Castellar - Pontós; 2. Puig de Sant Andreu - Ullastret (dibujo M.Ferré) ; 3. l'Illa d'en Reixac - Ullastret (dibujo M. Ferré).



Lam. 1. Secuencia radiográfica de la espada amortizada hallada en el edificio cultual (zona 15 /sector 2) del poblado de l'Illa d'en Reixac - Ullastret. En la imagen central se observa claramente la perforación inferior de la pieza.

Este depósito se encontraba, parcialmente arrasado, junto a otros silos, en el área extramuros noroeste del oppidum (zona Istmo, sector X-Y), cerca de una poterna de la muralla. Contenía una espada de La Tène II (Nº 3612), apoyada contra el perfil sur. A su lado, aparecieron dos cráneos humanos, descansando sobre su lado derecho, con la mandíbula inferior parcialmente destruida, correspondientes a dos hombres adultos, de 25 a 30 y de unos 50 años respectivamente (Campillo, 1976-1978: 318-320). Cada uno estaba atravesado por un clavo de hierro incompleto de unos 10 cm de longitud, que penetraba por encima de la órbita suprercilial derecha y salía por el occipital izquierdo en un caso y entraba por el lado derecho

del frontal en el otro (lám. 2). Según Pujol (1989: 301) también se recuperaron algunas vértebras cervicales[3].

La distribución de las piezas indica que no fueron tiradas al silo sino colocadas en él. El sedimento que las cubría era rico en adobe y tierra quemada, sobre todo en la zona de los cráneos, que no presentan trazas de haber sido sometidos a la acción del fuego. Los fragmentos de cerámicas locales hechas a mano y a torno, de ánfora ibérica así como la base de un skyphos de pasta gris de la costa catalana adjuntos, permiten situar la deposición entre los s.IV y III a.C., aunque en función de las características de la espada creemos más probable una datación tardía dentro de ese margen temporal.

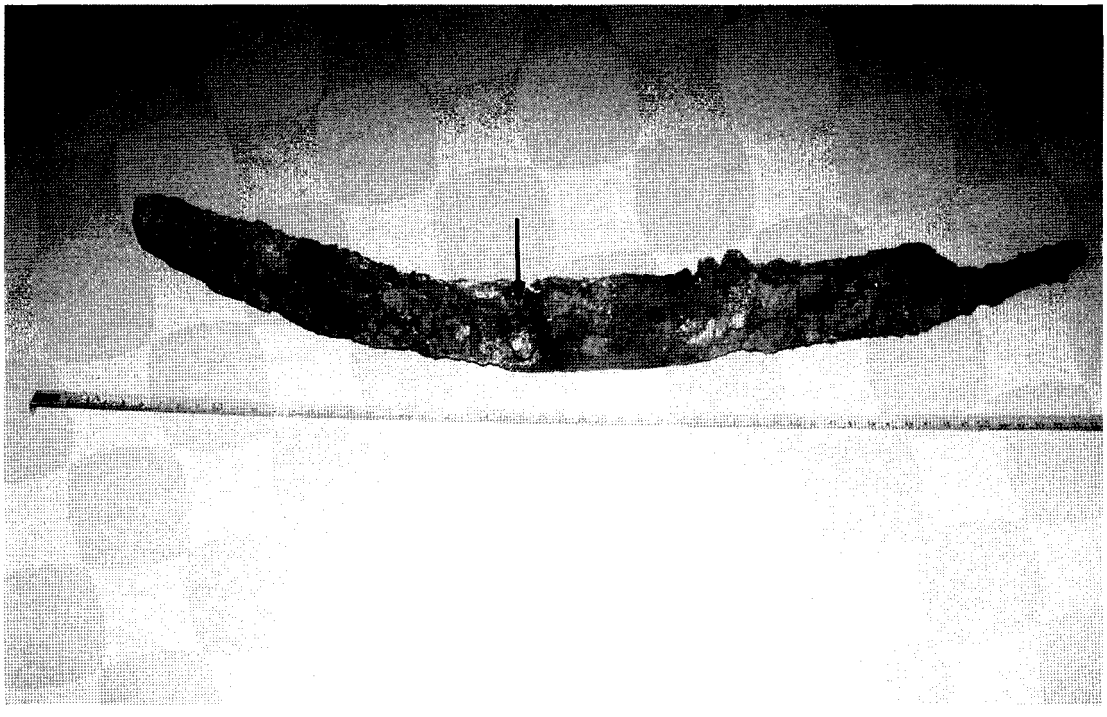
Lam. 2. Cabezas atravesadas por clavos del silo 146 del Puig de Sant Andreu - Ullastret (cliché: Museu d'Arqueologia de Catalunya - Ullastret).

Esta espada se conserva dentro de la vaina, ambas de hierro. El conjunto mide 63,5 cm de longitud (10 cm corresponden a la espiga) y 5,5 cm de ancho máximo en la embocadura acampanada; carece de punta y presenta un perfil arqueado de orígen antrópico que impide separar ambos elementos. Su deficiente estado de conservación determinó que en los años 70 se consolidara su superficie y se reintegraran las partes perdidas con yeso. La espesa capa de corrosión que presenta, contribuyó a que un detalle importante pasara desapercibido hasta ahora. Se trata de una pequeña protuberancia situada en un punto medio de la hoja (a 27 cm de la punta). Mediante su examen bajo rayos X hemos podido determinar que el arma estaba perforada en ese punto y que el saliente corresponde a un vástago (presumiblemente de un clavo), también férrico, insertado transversalmente (lám. 3).

Cabe la posibilidad de que en el mismo yacimiento existiera otra pieza paralelizable, aunque su verificación queda pendiente. Se trata de una espada de 73 cm de largo, aparecida

[3] La autora indica que en unos terrenos próximos se había encontrado anteriormente un fragmento de mandíbula humana.

en el silo nº 23 del Campo Grande V. Sagrera junto a un clavo de 7 cm de largo (Oliva, 1958: figs.18.1 y 18.2).

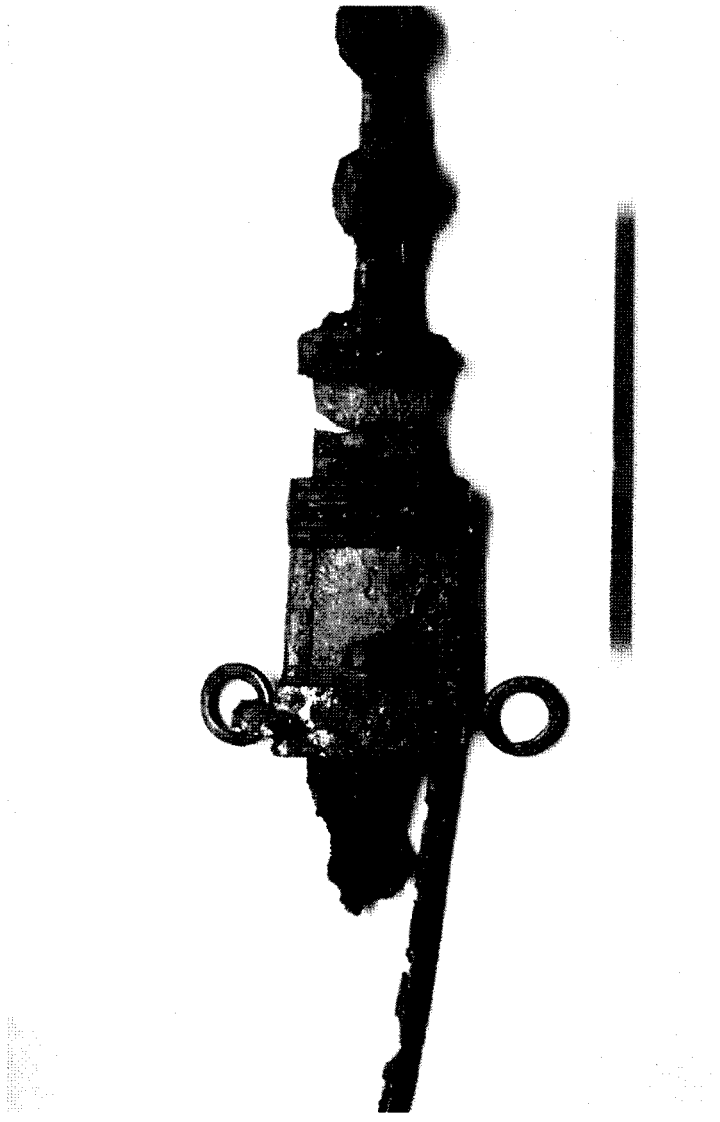


Lam. 3. Espada del silo 146 del Puig de Sant Andreu - Ullastret. Se indica el punto por donde el clavo atraviesa el arma y su funda.

Por otro lado, las excavaciones que se llevan a cabo en el Campo Triangular, concretamente en la Zona 14, o espacio urbanizado entre las torres 3 i 4 de la muralla occidental (Martín y Caravaca, 1997) han exhumado un fragmento de otra arma manipulada, previsiblemente una vaina, actualmente en restauración (fig.2.2), junto a algunos clavos. Se trata de una lámina férrica de 20,5 cm de llargo y de 4,2 a 3,2 cm de ancho y de 0,45 a 0,2 cm de grosor. La fractura superior de la pieza coincide con parte de una perforación cuyo diámetro estimado es de 1,3 cm. Remarcamos que apareció en las cercanías de un basamento de piedra cuadrangular, y de los restos de tres cráneos humanos adultos, hallazgos de la última fase del poblado, establecida entre finales del s.III y el primer cuarto del II a.C. (Martín *et alii*, 1996: 83).

— El Turó del Vent (Llinars del Vallès)

E. Sanmartí (1994) ha dado a conocer un excepcional puñal y la vaina de otro, de filiación celtibérica, procedentes de este poblado layetano. Corresponden a producciones originarias de la parte superior del Valle del Duero, de avanzado el s. III y principios del II a.C. A pesar de que experimentaron una amplia dispersión territorial hispánica, su localización en el Turó del Vent es excepcional en el conjunto de la fachada mediterránea (Quesada, 1997: 293, fig.173) (Lorrio 1997).



Lam. 4. Puñal del Turó del Vent - Llinars del Vallès (ámbito 630) (cliché, R. Álvarez). Se observa que parte de un clavo atraviesa la pieza y se mantiene «in situ», sobre el refuerzo de la vaina.

El puñal[4], procede de un silo (ámbito 630) localizado junto a otros en área suroeste del poblado (sector B), anexa a la muralla. Mide 27,5 cm de longitud; 4,8 cm de anchura máxima (vaina) y 3 cm en la hoja. La empuñadura biglobular, se ha perdido en parte así como el tercio inferior de la hoja férrica, que se mantiene en buena parte dentro de su funda de bronce, ricamente decorada. La pieza, está atravesada por un clavo de hierro, situado immediatamente por encima de la placa de refuerzo transversal de la vaina, és decir aproximadamente

[4] El Sr. R. Álvarez observó las peculiares características de esta pieza, que nos comunicó amablemente y pudimos verificar personalmente en el Museu de Granollers.

en el centro (lám. 4). Los materials cerámicos que la acompañaban situan la amortización de la estructura a finales del s.III o inicios del II a.C. (Bosch *et alii* 1985).

El deficiente estado de conservación de la otra pieza, procedente del nivel superficial del sector meridional del poblado cercano a la entrada, no permite precisar si había sufrido el mismo tratamiento.

## 3. CONTEXTUALIZACIÓN.

### 3.1.- Identidad de las armas

Las espadas de hoja recta, de tipo continental o laténico, como las presentadas en este trabajo, aparecen en diversos yacimientos catalanes de la segunda edad del hierro: en contexto funerario, en la necrópolis de la Pedrera (Plens, 1986: 208), las del área de Burriac (Rubió de la Serna, 1888), (Barberà, 1969-1970), (García, 1993), el enterramiento del silo n.º 24 de Can Miralles - Can Modolell (Pujol y García, 1982-1983: 73-74), así como en el cementerio republicano ampuritano de Les Corts (Almagro, 1955: 309-310).

Aparecen también en poblados: las principales concentraciones son las del Puig de Sant Andreu (Ullastret) (Vilà, 1979-1980: 214) y el Puig Castellar (Santa Coloma de Gramenet) (Sanmartí *et alii*, 1992: 84), mientras que los hallazgos del Puig del Castell (Sant Julià de Ramis) (Pericot *et alii*, 1952: 97 y 100), l'Esquerda (les Masies de Roda de Ter) (Ollich y Rocafiguera, 1994), Can Xercavins (Cerdanyola) (Francès y Carlús, 1995), el Tossal de les Tenalles (Sidamon) (Colominas, 1915-1920) y el Pla de les Tenalles (La Mora-Granaella) (Rovira, 1996: lám.1.5) así como l'Illa d'en Reixac (Ullastret) y el Mas Castellar (Pontós), o de los silos de Burriac (Pujol, 1981), (Pujol y García, 1982-1983), són hallazgos más puntuales. También se documentó algún ejemplar de este tipo entre los del depósito de la Neápolis de Ampurias (Puig i Cadafalch, 1915-1920).

En conjunto, los ejemplos de La Tène catalanes (unos sesenta) son, pues, absolutamente mayoritarios entre las espadas de los íberos septentrionales (un territorio donde sólo se han contabilizado 5 falcatas), concentrándose en el extremo nordoriental (provincias de Gerona y Barcelona) y en contextos de entre finales del s.III y principios del II a.C. Corresponden a los tipos I avanzado y II, es decir, al período de La Tène media y a prototipos claramente transpirenaicos, por lo que si bien en conjunto se han considerado importaciones (Vilà, 1979-1980), no se descarta la posibilidad de que también existieran algunas adaptaciones locales de los modelos creados en centreuropa (Sanmartí, 1994).

Se trata de una opción razonable, aunque a pesar de las diversas clasificaciones morfológicas de los materiales continentales efectuadas desde principios de siglo, no se haya conseguido establecer una secuencia evolutiva general de referencia rigurosa, por lo que la distinción entre unas y otras es realmente arriesgada tal como constata Quesada (1997: 243-260, 598) para el conjunto de piezas peninsulares y refrendan las presentadas aquí.

Otro hipotético detalle determinante para diferenciar el orígen de les producciones vendría dado por las decoraciones, ausentes por ahora de los hallazgos locales, incluso en las restauradas del Turó dels Dos Pins, Mas Castellar de Pontós o Ullastret, pero con una posible excepción en el del Puig Castellar de Sta Coloma de Gramenet[5]. No obstante, este aspecto no podrá ser asegurado con certeza hasta que no dispongamos de un número suficiente de piezas tratadas y estudiadas convenientemente.

[5] A raíz de la restauración efectuada por la empresa Codex se ha detectado que una de les piezas del Puig Castellar de Santa Coloma de Gramenet podria haber estado dorada superficialmente. Agradecemos al Museu Torre Balldovina y al Sr. A. Rigo esta información inédita.

Por otro lado, un criterio que podría indicar la existencia de imitaciones locales, sería el hecho de que las piezas catalanas suelen carecer de cadena metálica de suspensión, uno de los rasgos que Rapin (1987) considera más característicos de las galas del s.III y primera mitad del II a.C.

En cuanto al puñal del Turó del Vent, no hay duda de que se trata de una manufactura importada del área celtibérica, frecuente en los ajuares de necrópolis sorianas como Quintana de Gormaz, Osma, Tiermes, Requijada, Mercadera o Revilla y excepcional en el área catalana. Sus características ornamentales permiten considerarlo un objeto lujoso que podría haber circulado como objeto de prestigio ya que si se tratase de una muestra de los movimientos de tropas peninsulares derivados de la Segunda Guerra Púnica, probablemente habría más ejemplares de este tipo en nuestro territorio.

## 3.2.- El proceso de tratamiento de las armas

### *Inutilización*

Las características de las armas descritas demuestran que fueron manipuladas con la intención de anular su funcionalidad y exhibirlas, unidas a un suporte mediante clavos. Por ello presentan perforaciones o incluso conservan parte de esos elementos de fijación. La mayoría de las piezas, además se han doblado, lo que impide desenfundarlas.

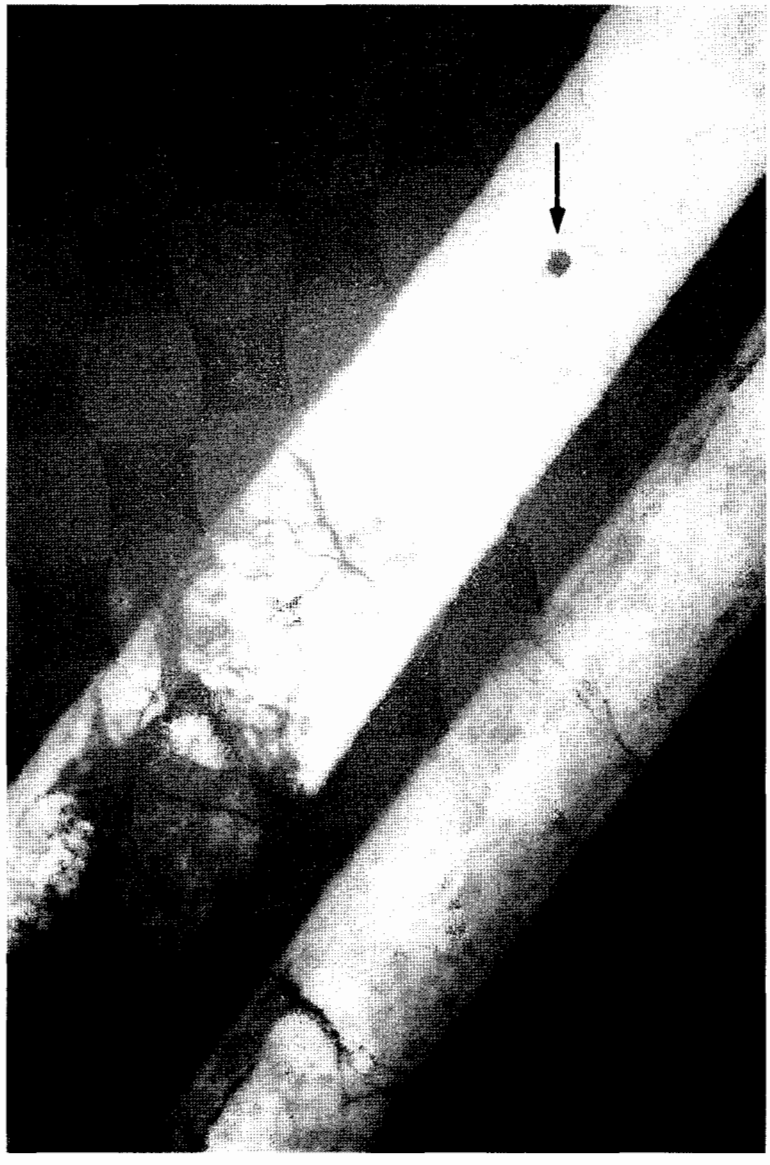
Las amortizaciones son sin duda intencionales y fueron realizadas cuidadosamente, como hemos contrastado no solo visualmente sinó tambien radiológicamente: las perforaciones aparecen dispuestas simétricamente y no han generado fisuras o fracturas en las láminas férricas, a pesar del grosor y consistencia variables de las hojas y fundas (lám.5).

La alteración de las piezas se produciría en dos fases consecutivas: una primera de perforación (practicada por separado en las hojas y las vainas), seguida de la fijación clavándolas. Existen tres modalidades básicas de tratamiento del metal que permiten dejar espacios vacíos en una lámina: el ataque químico, la abrasión y la presión mecánica. La primera, ejercida con la tecnología antigua, tal como describen por ejemplo las fuentes clásicas en el caso de la manufactura del armamento celtibérico era lenta y difícil de aplicar en áreas muy reducidas. Por otro lado, combinando la actuación mecánica y la térmica (calentando el metal y trepanándolo con un elemento más duro) se obtendrían resultados immediatos pero de apariencia más grosera que las abrasiones. Estas últimas, resultarían en cambio laboriosas.

Todo indica que el procedimento de trabajo empleado consistía muy probablemente en calentar el metal, dejándolo enfriar muy gradualmente y atravesándolo seguidamente con un punzón o barrena de acero, instrumentos que los íberos de la zona conocían, tal como se ha documentado en el Puig de Sant Andreu (Sanahuja, 1971: 102). El acabado se haría por abrasión. Las piezas dobladas muestran las consecuencias de un procedimiento final, hecho en caliente, sobre el arma enfundada para que no puedan separarse. Otros elementos, como algunas vainas, se plegaban. Todas estas operaciones requerían, pues, la maestría de un técnico.

### *Exhibición y abandono*

Hemos puesto de manifiesto la estrecha relación entre armas enclavadas y restos humanos exhibidos en los poblados ibéricos catalanes. Las primeras eran desconocidas hasta ahora, pero existen numerosas menciones sobre los segundos, aparecidos esporádicamente, tanto en habitaciones como en fosas de residuos (Oliver 1995), (Belarte y Sanmartí 1997: 17). Se trata en su mayoría de restos craneales, adscribibles a dos grupos: los aparentemente indemnes y los que han sufrido tratamientos violentos (trepanación, enclavado, mutilaciones dentales...).



Lam. 5. Imagen radiográfica de una vaina de espada del Mas Castellar - Pontós (arriba) procedente de la casa 1 / espacio 7a. La perforación de la pieza (indicada por la flecha) se ha hecho limpiamente, sin dañarla, aunque su fragilidad queda de manifiesto en otras áreas.

Las evidencias de este tipo identificadas en el poblado del Puig de la Nao de Benicarló - Castellón (s. VI-V a.C.) resultan ser por ahora las más antiguas, mientras que otras como el fragmento del pozo votivo del Amarejo en Bonete tienen una interpretación discutida (Oliver 1995). En conjunto, se consideran producto de acciones punitivas o cultuales, centradas ya sea entorno de la figura de guerreros enemigos o de ancestros (Dedet y Schwaler, 1990), (Arcelin *et alii*, 1992), (Vives y Miró, 1991), (Oliver, 1995), (Belarte y Sanmartí, 1997), sin que en la mayoría de los casos sea posible inclinarse claramente por una u otra explicación.

La situación es complicada porque además algunos huesos se atribuyen a mujeres, niños u hombres con problemas físicos para ser guerreros.

En cuanto a las cabezas cortadas de varones adultos, empaladas y atravesadas por clavos para ser mostradas de manera estable (Campillo 1976-1978), están claramente concentradas en el área de Ullastret, donde aparecen ya en el s.V a.C. (Martín *et alii*, 1997: 36-37). Fuera de allí, sólo conocemos el presunto hallazgo del Molí de l'Espígol de Tornabous (Sanmartí *et alii* 1992: 97) y los 3 ejemplares del Puig Castellar de Santa Coloma de Gramenet[6], que no pueden ser fechados con precisión. Al haber localizado a dos de estos al pie de la muralla, se cree que estuvieron expuestos en la cara externa de la fortificación (Bosch Gimpera, 1915-1920: 596).

En otros casos, los despojos humanos muestran lesiones diferentes (golpes, cremación, descarnación, cortes...) (Belarte y Sanmartí, 1997: 17). Identificamos dos concentraciones geográficas: el grupo del litoral central, con muestras entre los s.IV y I a.C. (Turó de Montgat, Penya del Moro, Burriac, Puig Castellar de Santa Coloma) y el ampurdanés (zona 15 de l'Illa d'en Reixac, zona 14 del Puig de Sant Andreu) (Agustí, 1997) (núcleo rural y silo nº 31 del Mas Castellar de Pontós) (Pons, 1997), de los s.III y II a.C. Debemos señalar que sólo en esta última área aparecen en espacios de uso ritual, junto a las espadas manipuladas.

La distribución espacial de los restos antrópicos y el armamento asociado, indica que los puntos de exhibición se situaban indistintamente en el interior y el exterior de los edificios, con preferencia por lugares públicos, de tránsito y en posición elevada sobre el nivel de circulación (calles, pórticos o accesos de edificaciones, murallas y pilares), es decir donde resultasen más visibles. Resultan ser pautas muy similares a las de hallazgos similares de la Galia meridional (Pech Maho, Roquepertuse, Glanum, Saint-Blaise, Entremont, La Cloche), donde se expusieron cráneos entre mediados del s.III y del II a.C., fijándolos con clavos, grapas o incluso encajándolos en hornacinas, aunque nunca junto a armas[7] (Dedet y Schwaler, 1990: 148) (Arcelin *et alii*, 1992).

## 4. INTERPRETACIÓN.

La espada es en muchas culturas el símbolo del guerrero. En Grecia su importancia determinaba que a diferencia de otros objetos de la panoplia, no se abandonase en el campo de batalla, como relata por ejemplo Polibio: las de los enemigos vencidos, así como sus cabezas, se recogían para exponerlas ofreciéndolas a las divinidades y exaltar la victoria, costumbre que perduró en epoca romana (Lejars, 1994). Los materiales presentados en este trabajo, especialmente el conjunto del silo 146 del Puig de Sant Andreu, indicarían que estas prácticas también estarían extendidas entre los pueblos prerromanos peninsulares.

Existen otros muchos paralelos las cabezas cortadas en la antigüedad: se clavaban por ejemplo a la entrada de los castra britànicos (Green, 1995), así como en árboles del área de los pueblos germanos. La columna trajana reproduce ejemplos dacios. Por su parte, en un edificio de Numancia se localizó una pequeña concentración de piezas sin mandíbula inferior fechadas en el s. II a.C. (Taracena, 1943: 163).

Las fuentes enfatizan su presencia entre los celtas como trofeo de guerra, muestra de valentía, que se transmitía entre generaciones de guerreros: Diodoro de Sicilia (V, 29-30), Estrabón (IV, 4, 5) y Livio (X, 26, 11; XXIII, 24, 6-12) citan la exhibición pública de las cabe-

---

[6] El examen de les espadas exhumadas en este yacimiento, conservadas en el Museu Arqueològic de Catalunya - Barcelona y el Museu Torre Balldovina de Santa Coloma de Gramenet, no han revelado indicios de perforaciones ni de clavos.

[7] En los poblados del sudeste francés (Ensérune, Illiberris, Cayla de Mailhac, Carsac o La Lagaste) también hay restos antrópicos entre los deshechos que colmatan antiguos silos, pero no armas (Dedet y Schwaler, 1990).

zas conquistadas, colgándolas en sus monturas y clavándolas a la entrada de los edificios. Posidonio indica también que los galos conservaban las más valiosas embalsamadas y según Silio Itálico (Púnicas, XII, 481-482), las más importantes se doraban para usarlas en ceremonias religiosas especiales. Precisamente la transformación del cráneo en copa se ha documendo arqueológicamente en Manching así como entre los escitas (Brunaux y Méniel, 1997). La cabeza cortada era pues entre los galos una posesión individual o colectiva, valiosa para quien la capturaba o heredaba. Existen otros referentes para comprender estas actitudes: según Platón los griegos creian que el alma immortal de los guerreros residía en la cabeza y que después de la muerte guardaba les virtudes de la persona, el concepto pudo estar igualmente arraigado entre celtas y galos y parece ser que también entre los íberos.

La importancia simbólica de las cabezas cortadas tiene su reflejo artístico: la iconografía peninsular ha sido tratada en trabajos de Taracena, Balil, Blázquez o Blanco, tal como recoge Pujol (1989: 309, 311) y la del sur de Francia (Roquepertuse, Entremont y Saint-Blaise), estudiada inicialmente por F. Benoit, por Arcelin *et alii* (1992). En todo caso se admite su correlación con prototipos orientales. En Cataluña las muestras se reducen al monumento funerario de Can Posastres (Sant Martí Surroca, Barcelona), fechado entre el s. III y mediados del I a.C. (Guitart, 1975). No obstante, la mutilación de miembros humanos entre los pueblos prerromanos del nordeste peninsular dispone de otro aval iconográfico: en la estela de La Vispesa - Binéfar (Tamarit de Llitera, Huesca), de los s.II-I a.C, se desarrolla un tema bélico dedicado a Neitin, divinidad asimilable a Marte, donde varias manos amputadas simbolizan a los enemigos vencidos (Marco y Baldellou, 1976). Según Estrabón (III 3, 6-7) la mutilación selectiva de los prisioneros de guerra y su consagración en forma de ofrenda la practicaban también los lusitanos. Una cita de Diodoro (XIII, 57, 2) a propósito de los íberos es igualmente ilustrativa: a finales del s.V a.C. los mercenarios que participaron en la toma de Selinunte clavaron las cabezas enemigas en sus lanzas y se colgaron de la cintura las manos conseguidas.

Pese a todo, la diferenciación arqueológica de los restos craneales procedentes de yacimientos ibéricos entre enemigos y ancestros es difícil de realizar. Arcelin *et alii* (1992: 219-220) señalan que en muchas sociedades se eliminaba la mandíbula de los cadáveres de aquellos individuos susceptibles de ejercer un maleficio, por lo que las cabezas de los antepasados heroizados se conservarían íntegras en los santuarios, mientras que las enclavadas serían trofeos de guerra, no requerían ser preservadas indefinidamente.

Presumiblemente la mayoría de los restos humanos localizados en las zonas residenciales y silos de los poblados ibéricos, por sus características y contexto de aparición, permiten suponer que no asumieron la categoria de relíquias permanentes. Debieron tener una exhibición previa relacionada con un valor o significado perecedero, por ello, una vez agotado éste, se abandonaban junto a todo tipo de residuos. En cambio, las cabezas completas —casi siempre enclavadas— y las mandíbulas halladas en ambientes peculiares, como el silo 146 del Puig de Sant Andreu o les espacios cultuales de l'Illa d'en Reixac y Mas Castellar de Pontós denotan un mayor interés por su conservación. Podemos suponer que se trataba de individuos notables de la comunidad o de importantes trofeos arrebatados al enemigo. Las del silo 146 habrían estado previamente expuestas; per razones difíciles de determinar se sacaron de ese emplazamiento y se enterraron. Habría cambiado la situación y no se consideraba necesario que siguieran allí, o habían perdido sus hipotéticas connotaciones mágico-religiosas; incluso es posible que como elementos valiosos a nivel simbólico, se ocultasen en momentos de peligro.

En el mundo galo, el cuerpo del enemigo (habitualmente la cabeza, representación del todo) también podía experimentar un complejo proceso de manipulación. Los templos y hábitats de La Tène media y tardía acumulaban así diversos tipos de trofeos con una función apotropaica y decorativa. Sería el caso de los de la residencia aristocrática de La Fosse Muette de Montmartin (Oise) (Brunaux y Méniel, 1997), del cercano recinto sagrado de

Gournay-en-Aronde (Brunaux 1995) o de ciertos poblados del Midi francés (Dédet y Schwaller 1990), (Arcelin *et alii*, 1992).

El proceso está bien documentado en los yacimientos más septentrionales: los despojos humanos primero se seleccionaban y se exponían junto a la panoplia bélica —espadas, vainas y umbos de escudo— y ofrendas faunísticas, en el muro de cierre de los recintos sagrados, con la intención de que fueran plenamente visibles desde fuera. En Ribemont quedaron abandonados «in situ» (Brunaux, 1995: 22-23) pero en Gournay al cabo del tiempo, eran descolgados, destruídos violentamente y tirados al foso adyacente, un depósito sagrado o *favissa* (Brunaux y Méniel, 1997: 209-210). En cambio, en una fase tardía del santuario (s.I a.C.) espadas y escudos se dejaron colgados del muro oeste del templo III (Brunaux et alii, 1985: 123).

Estas armas eran amortizadas bajo pautas regulares: las espadas se desmontaban rigurosamente a tenor del carácter repetitivo, cantidad, intensidad y disposición de las lesiones. Los umbos de escudo se aplastaban y perforaban sin tanto cuidado, mediante buriles y cinceles o bien golpeándolos (Brunaux *et alii*, 1980: 13; 1985: 120-121) (Brunaux y Méniel, 1997). Observamos, pues, paralelismos con el procedimento destructor sufrido por las espadas ibéricas catalanas descritas aquí y aunque numéricamente no sean comparables, la intencionalidad básica y los rasgos generales de comportamiento coinciden.

El estudio antropológico de ciertos cráneos y mandíbulas aisladas galas, también demuestran un trabajo meticuloso para convertirlos en relíquia. Hay que remarcar que las lesiones de los maxilares de Montmartin y Gournay fueron ocasionalmente causadas por golpes efectuados desde detrás de las víctimas con armas cortantes, como las del área de Ullastret (Agustí, 1997), producidas en el momento de extraerlos del cráneo (previamente separado) o al descarnarlos, y sólo esporádicamente en combate.

Las características de las armas «enclavadas» de los íberos permiten constatar otras interesantes correlaciones culturales, como por ejemplo con el trofeo griego, conocido a partir de las fuentes clásicas y numerosos datos iconográficos, recopilados principalmente por Picard y Jenssen. En principio, tras los conflictos, las panoplias arrebatadas a los enemigos se depositaban en los santuarios para recordar las victorias; más tarde se usaron para elaborar elementos conmemorativos temporales, utilizando para ello posiblemente una selección de las mejores, o las de los jefes militares, hasta que su evolución derivó en monumentos perdurables, sobretodo entre los romanos. Las primeras menciones literarias situan sus orígenes a principios del s.V a.C., pero podrían existir precedentes ya en el mundo homérico (Gabaldón, 1997).

De las obras clásicas también se infiere que los griegos no amontonaban anárquicamente esas armas conquistadas: inicialmente las colgaban de un árbol, después recubrían un tronco erigido en el campo de batalla. El ritual, de conotaciones religiosas discutidas, pero en todo caso destinado a reforzar la cohesión social, se hizo más complejo y el trofeo se transformó en antropomorfo: estaba formado por una estructura de madera cruciforme revestida por una panoplia guerrera completa, de la que existen representaciones artísticas griegas y romanas (Gabaldón, 1997). La escena de un vaso ático de figuras rojas, donde la diosa Niké coloca el casco a una de estas figuras, clavándolo, adquiere así una relevancia particular pues evidenciaría que la costumbre ibérica de clavar armas sobre un soporte para exhibirlas, puede ser de inspiración mediterránea. La contrastación arqueológica de tales hechos había sido hasta ahora prácticamente infructuosa, al no tener certeza de que los cascos griegos «perforados» conocidos fueran residuos de tales prácticas, aunque el sacado del Guadalete muestra una inutilización intencional efectuada por percusión desde dentro hacia afuera, similar a la de algunas piezas griegas (Olmos 1988).

## 4. CONCLUSIONES

En la antigüedad el uso de las armas no estaba limitado al campo de batalla, éstas también participaban de las manifestaciones ideológicas. Los íberos, como tantos otros pueblos, inutilizaban las panoplias de los difuntos a lo largo del ritual funerario para poner de manifiesto que su utilidad, como la vida del propietario, había finalizado. Sin embargo el doblado de las piezas era un procedimiento ya practicado en la primera edad del hierro en Cataluña, por ejemplo en el ajuar de la tumba de guerrero de Llinars del Vallès (Sanmartí, 1993), respondiendo a una larga tradición no sólo continental, pues parecen existir precedentes tanto en Grecia como en el Próximo Oriente (Beyneix, 1997: 157-158), (Lejars, 1989: 32; 1994: 113-116), (Quesada 1997: 641-643).

A raíz de este estudio hemos detectado por otro lado que en ciertos núcleos residenciales indiketes y layetanos también se practicó la inutilización consciente del armamento entre los s.III y s.II a.C., concretamente de espadas y de un puñal, que manifiestan deformaciones y muestras de haber sido atravesados por clavos para exhibirlos así, sujetos a una base. La curvatura que presenta la mayoría indicaría por otro lado que o la superfície del soporte era convexa (como por ejemplo un poste), o bien, quizás más probablemente, que ese rasgo correspondía a una acción posterior a la fase de exposición, hecha con la intención de degradar aún más el arma, pero sin destruirla[8]. Se necesitaba así la colaboración de un técnico que conociese bien las características del metal y sus modalidades de manipulación[9].

La contextualización de los materiales indica claramente su relación con porciones esqueléticas. A tenor de los restos de Puig de la Nao (Castellón) (Oliver, 1995), la exposición de restos humanos en el mundo ibérico se remonta por ahora al s.VI a.C., pero es en el extremo nororiental peninsular donde se documenta de manera más amplia, especialmente en la comarca del Ampurdán (Gerona). El tratamiento del cráneo se detecta allí a partir del s.V a.C., pero sobretodo entre finales del s.III y principios del s.II a.C. Los dos núcleos poblacionales de Ullastret concentran además una buena muestra de piezas afectadas por signos de violencia (Agustí, 1997) junto a las armas inutilizadas voluntariamente. En ocasiones se trata de cabezas cortadas que fueron empaladas y atravesadas por clavos, pero no se ha podido determinar si la decapitación era la causa de su muerte, o bien un ritual «post mortem» destinado a desmembrar el cuerpo y preparar la cabeza para mostrarla públicamente. Los estudios paleoantropológicos establecen su identidad como individuos masculinos adultos, en edad de portar armas, aunque esto no siempre se confirma en el caso de las mandíbulas sueltas y fragmentos craneales no-enclavados[10].

Globalmente, el hallazgo de tales elementos craneales permite suponer una localización original en el exterior de las edificaciones, en lugares visibles y públicos, aunque en el caso de las salas usadas con finalidad cultual (¿de acceso restringido?) sólo hay mandíbulas sueltas. Todos estos materiales se asocian también repetidamente a ofrendas faunísticas, vasitos en miniatura para libaciones[11], además de las espadas.

---

[8] Este concepto ha sido denominado «bris inhumatoire» por Brunaux y Méniel (1997) en el caso de las ofrendas de los santuarios galos, donde las armas después de la fase de exposición son sistemáticamente alteradas, para finalmente abandonarlas en el foso.

[9] En casos similares galos se ha especulado con la identidad de sacerdotes-herreros (Lejars, 1994) pues los metalurgos celtas trabajaban bajo la protección de un dios asimilable a Vulcano a quien se consagraba el armamento capturado al enemigo, quemándolo, como describe Floro (I, 20,5).

[10] Idéntica problemática se plantea en el área gala, donde los restos de hombres ancianos, femeninos e infantiles se interpretan tanto como relíquias de personajes ilustres como restos de sacrificios (Arcelin 1992, 19) (Brunaux y Méniel, 1997).

[11] En la residencia aristocrática de La Fosse Muette de Montmartin (s. III-II) se ha detectado también la asociación de cráneos y vasos en miniatura (Brunaux y Méniel 1997).

La contrastación entre las evidencias antropológicas de este ámbito cultural, con las de otros paralelizables y las fuentes escritas clásicas da pie a diversas explicaciones: serían por un lado reliquias familiares o comunitarias, conservadas para recordar a líderes y personajes bien valorados por la propia sociedad, o quizás trofeos de guerra. No obstante, podría tratarse también de restos de sacrificios a las divinidades (propiciatorios o de agradecimiento), hechos en momentos difíciles para la supervivencia del grupo, o incluso restos procedentes de ejecuciones punitivas. Resulta pues complicado determinar si estamos ante piezas conservadas por sus connotaciones positivas o por el contrario generadas con finalidad coercitiva, aunque, el reducido número de hallazgos catalanes, indica que no responden a una costumbre cotidiana sino más bien a momentos singulares, o centrados en personalidades especiales.

La espada, el atributo por excelencia del caballero, podría jugar lógicamente el papel de trofeo bélico y aunque el puñal biglobular del Turó del Vent es un tipo excepcional en el área ibérica ninguna de las demás piezas estudiadas presenta características singulares que permitan identificarlas inequívocamente como posesión de personajes principales. Para entender su significado, como en el de la iconografía de las cabezas cortadas, podemos considerar la influencia mediterránea: en Grecia la existencia de trofeos formados por armas conseguidas en batalla, colgadas de los árboles o fijadas sobre troncos, segun las fuentes documentales y iconográficas data como mínimo del s.V a.C. si no es incluso anterior (Gabaldón, 1997). Por otro lado, entre mediados del s. III y principios del s. I a.C. (períodos de La Tène mediana y final), el mundo galo desarrolló un complejo ciclo de tratamiento de las armas, que primero se exhibían al aire, seguidamente eran desmembradas, y finalmente pasaban a formar parte de un dipósito, paralelo al de los cráneos humanos (Brunaux, 1995), (Brunaux y Méniel, 1997: 208-209), con el que observamos coincidencias.

La falta de paralelos a nivel peninsular[12], contrastando con estas estrechas afinidades con el mundo transpirenaico, pone de relieve nuevamente la supuesta influencia celta en Cataluña, zona que concentra la mayoría de materiales latenienses hispánicos, muchos de ellos armas (Vilà, 1979-1980), (Sanmartí, 1994), (Quesada, 1997). La posibilidad de que se produjeran infiltraciones entre los pueblos íberos más septentrionales a finales del s. III o principios del s. II a. C. tiene defensores como en la región vecina del Lenguadoc, donde algunos autores (Lejars, 1989: 35-37) han relacionado directamente la llegada de grupos célticos con la aparición de ciertos tipos metálicos, pero otros (Rapin y Schwaller 1987: 181-182) lo consideran fruto de una progresiva intensificación de los contactos, básicamente económicos, entre ámbas áreas. Para Oliver (1995), la relación celtas-íberos estaría establecida entre miembros de un estatus guerrero-aristocràtico, que controla el comercio, pero los datos epigráficos indican unas relaciones lingüísticas e ideológicas mucho más profundas entre les poblaciones de ambos lados del Pirineo tal como indica J. Sanmartí (1994), que podrían por tanto, compartir creeencias ligadas al mundo de la guerra y del más allá, muy generalizadas en la antigüedad.

La costumbre del enclavamiento de cráneos y armas (a veces asociada a otras pautas destructivas y de manipulación de restos humanos), se presenta, en definitiva, como un rasgo característico de la sociedad del extremo noreste peninsular a finales de la edad del hierro. Responde a una concepción ideológica centrada en la exhibición de los símbolos del guerrero, compartida con otras poblaciones, y que ratifica al tiempo la existencia de variaciones regionales en el seno de la cultura ibérica. Las influencias mediterráneo-orientales parecen plausibles para explicar los orígenes de la práctica, aunque la distribución geográfica de los hallazgos, y su datación, evidencia que en el momento de máxima difusión, está conectada

[12] Es posible la degradación del metal haya contribuido a que hayan pasado desapercibidos y que una investigación específica, provista de los medios adecuados permita localizarlos en el futuro.

con manifestaciones del sur de Francia, zona con la existía una tradicional circulación de bienes y afinidades culturales.

Barcelona, 30 de octubre de 1998

M. CARME ROVIRA HORTALÀ
*Colaboradora del Museu d'Arqueologia de Catalunya*
*C/ Pedret, 95, 17007 Girona – e-mail: c.rovira@mail.sendanet.es*

## BIBLIOGRAFÍA

AGUSTÍ, B. (1997): «Lesiones rituales y signos de violencia en dos poblados ibéricos del nordeste peninsular», *Actas IV Congreso Nacional de Paleopatología*, San Fernando, 2-5/10/1997, Univ. Cádiz/Ayuntamiento San Fernando: 273-276.

ALMAGRO, M. (1955): *Las necrópolis de Ampurias*, Monografias Ampuritanas, IV, Barcelona.

ARCELIN, P. (1992): «Salles hypostyles, portiques et espaces cultuels d'Entremont et de Saint-Blaise (B.-du-Rh.)», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 15: 13-27.

ARCELIN, A., DEDET B. y SCHWALLER M. (1992): «Espaces publics, espaces religieux protohistoriqus en Gaule méridionale», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 15, 181-242.

BARBERÀ, J. (1968): «La necrópolis ibérica de Cabrera de Mar (Colección Rubió de la Serna)», *Ampurias*, XXX: 95-150.

BARBERÀ, J. (1969-1970): «La necrópolis ibérica de Cabrera de Mar (excavació 1968-1969)», *Ampurias*, XXXI: 169-189.

BELARTE, M.C. y SANMARTÍ, J. (1977): «Espais de culte i pràctiques rituals a la Catalunya protohistòrica», *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18: 7-32.

BEYNEIX, A. (1997): «La question des objets de metal "mutilés" en milieu funeraire au cours du premier age du fer aquitain: quelques éléments de réflexion», Munibe, 49: 153-161.

BOSCH GIMPERA, P. (1915-1920): «El donatiu de Puig Castellar, per D. Ferran de Sagarra a l'Institut d'Estudis Catalans», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI: 593-597.

BOSCH, J., ENRICH, R., LLORENS, J.M., MATARÓ, M., PÀMIES, A., PARDO, J., RUEDA, J.M. y SERRAT, I. (1985): *El Turó del Vent i Castellvell (Llinars del Vallès). Pla de l'atur de 1984*, Granollers, Memoria inédita.

BRUNAUX, J.L. (1995): «Rituels galois (nouvelles découvertes sur la religion gauloise)», *L'Archéologue et l'archéologie nouvelle*, Editions Errance, 9: 17-26.

BRUNAUX, J.L. y MÉNIEL, P. (1997): *La résidence aristocratique de Montmartin (Oise) du IIIe au IIe s. av. J.-C.*, D.A.F., 64, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Paris.

BRUNAUX, J.L., MÉNIEL, P. y POPLIN, F. (1985): *Gournay I. Les fouilles sur le sanctuaire et l'oppidum (1975-1984)*, suppl. *Revue Archéologique de Picardie*.

BRUNAUX, J.L., MÉNIEL, P. y RAPIN, A. (1980): «Un sanctuaire gaulois à Gournay-sur-Aronde (Oise)», *Gallia*, 38 fasc.1: 1-25.

CAMPILLO, D. (1976-1978): «Abrasiones dentarias y cráneos enclavados del poblado de Ullastret (Baix Empordà, Gerona)», *Simposi Internacional sobre els Orígens del Mon Ibèric, Ampurias* , 38-40: 317-326.

COLOMINAS, J. (1915-1920): «El Tossal de les Tenalles de Sidamon», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*: 607-616.

CHABOT, L. (1996): «Une aire cultuelle sur l'oppidum de La Cloche aux Pennes-Mirabeau (Bouches-du-Rhone). Les enseignements de la zone sommitale». *Révue Archéologique de Narbonnaise*, 29: 231-282.

DEDET, B. y SCHWALLER, M. (1990): «Pratiques cultuelles et funéraires en milieu domestique sur les oppida languedociens», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 13: 137-161.

FEUGÈRE, M., DEDET , B., LECONTE, S. y RANCOULE, G. (1994): «Les parures du V$^{e}$ au II$^{e}$ siècle av.J.-C. en Gaule méridionale: composants indigènes, ibériques et celtiques», *Aquitania*, XII, 239-281.

FRANCÈS, J. y CARLÚS, X. (1995): Noves dades sobre l'assentament ibèric de Can Xercavins (Cerdanyola del Vallès, Vallès Occidental), *Limes*, 4-5: 45-62.

GARCÍA, J. (1993): *Turó dels Dos Pins. Necròpolis ibèrica*. Museu Comarcal del Maresme - Mataró / Ed. Ausa, Sabadell.

GREEN, M.J. (1995): *Mitos celtas*, Akal Ediciones, Madrid.

GUITARD, J. (1975): «Nuevas piezas de escultura prerromana en Cataluña: restos de un monumento con relieves en Sant Martí Sarroca (Barcelona)», *Pyrenae*, 11: 71-79.

LEJARS, T. (1989): «Les armes des sanctuaires poitevins d'époque préromaine de Faye-L'Abbesse (Deux-Sèvres) et de Nalliers (Vendée)», *Gallia*, 46: 1-41

LEJARS, T. (1994): *Gournay III. Les fourreaux d'épée (Le sanctuaire de Gournay-sur-Aronde et l'armament des celtes de La Tène Moyenne)*, Archéologie aujourd'hui, Editions Errance, Paris.

LORRIO, A. J. (1997) *Los celtíberos*, *Complutum* extra, 7, Universidad Complutense de Madrid, Alicante.

MARCO, F. y BALDELLOU, V. (1976): «El monumento ibérico de Binéfar», *Pyrenae*, 12: 183-198.

MARTÍN, M.A. y CARAVACA, J. (1997): *El Puig de Sant Andreu (Ullastret, Baix Empordà), Memòria d'excavació 1995-1997*, inédita, Girona.

MARTÍN, M.A., CARAVACA, J. y MONTALBÁN, C. (1996): «Excavacions a l'oppidum del Puig de Sant Andreu d'Ullastret (Baix Empordà). Campanya de 1995», *III Jornades d'Arqueologia de les comarques de Girona*, Santa Coloma de Farners (la Selva): 76-86.

MARTÍN, A., MATARÓ, M. y CARAVACA, J. (1997): «Un edifici cultual de la segona meitat del s.III a.C. a l'Illa d'en Reixac (Ullastret, Baix Empordà)», *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18: 43-70.

OLIVA, M. (1958): «Excavaciones arqueológicas en la ciudad ibérica de Ullastret (Gerona). Octava y novena campañas de trabajos», *Anales del Instituto de Estudios Gerundenses*, XII: 319-337.

OLIVER, A. (1995): *Acerca de los restos humanos localizados en los poblados ibéricos*. Arx, 1: 35-41.

OLLICH, I. y ROCAFIGUERA, M. (1994): *L'oppidum ibèric de l'Esquerda. Campanyes 1981-1991, Les Masies de Roda de Ter. Osona,* Memòries de Intervencions Arqueològiques a Catalunya, 7, Generalitat de Catalunya - Departament de Cultura, Barcelona.

OLMOS, R. (1988) *El casco griego de Huelva*, Clásicos de la Arqueología de Huelva, Exma. Diputación Provincial de Huelva, 1: 39-39.

PERICOT, L., COROMINAS, J.M., OLIVA, M., RIURÓ, F. y PALOL P. (1952): «La labor de la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Gerona (1942-1948)», *Informes y Memorias*, 27: 88-156.

PLENS, M. (1986): *La necròpolis de la Pedrera*, tesis de licenciatura, inédita, Estudi General de Lleida.

PONS, E. (1997): «Estructures, objectes i fets cultuals en el jaciment protohistòric de Mas Castellar (Pontós, Girona)», *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18: 71-90.

PUIG CADAFALCH, J. (1915-1920): «Espases del període de La Tène trobades a Empúries», *Annuari de l'Institut d'Estudis Catalans*. VI: 710-712.

PUJOL, A. (1989): *La población prerromana del extremo nordeste peninsular*, CSIC-UAB, Bellaterra.

PUJOL, J. y GARCÍA, J. (1982-1983): «El grup de sitges de Can Miralles - Can Modolell (Cabrera de mar, Maresme)», *Laietània*, 2-3: 46-145.

PUJOL, J. (1981): «Les sitges del poblat ibèric de Burriac (II) (Cabrera de Mar)», *Laietània*, 1: 15-63.

QUESADA, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*, Monographies Instrumentum, 3, Éditions M. Mergoil, Montagnac.

RAPIN, A. (1987): «Le système de suspension des fourreaux d'épées laténiens au IIIème siècle avant J.C.; Innovations techniques et reconstitution des éléments périssables», *Colloquio internazionale Celti ed Etruschi nell'Italia centro-settentrionale dal V sec. a.C. alla romanizzazione*, Bologna, 12-14/4/1985, Università degli Studi di Bologna, Imola, 1987: 529-539.

RAPIN, A. y SCHWALLER, M. (1987): «Contribution à l'étude de l'armament celtique: la tombe 163 d'Ensérune (Hérault)», *Révue Archéologique de Narbonnaise*, 20: 155-183.

ROVIRA, M.C. (1996): «Materials metàl.lics ibèrics del Museu Comarcal de l'Urgell, Tàrrega», *Urtx*, 9: 67-80.

ROVIRA, M.C. (en prensa): «L'exhibició d'armes i cranis enclavats en els hàbitats ibers septentrionals», *Cypsela*, XII.

RUBIÓ DE LA SERNA, J. (1888): «Noticia de una necrópolis ante-romana (descubierta en Cabrera de Mataró, Barcelona en 1881», *Memorias de la Real Academia de la Historia*, XI, Madrid.

SANAHUJA, M.E. (1971): «Instrumental de hierro agrícola e industrial de la época íbero-romana en Cataluña», *Pyrenae*, VII: 61-110.

SANMARTÍ, E. (1994): «Dos punyals celtibèrics procedents del poblat ibèric del Turó del Vent (Llinars del Vallès, Vallès Oriental, Barcelona)», *Lauro*, 6: 3-8.

SANMARTÍ, J. (1994): «Éléments de type celtique du nord-est de la Péninsule Ibérique», *Aquitania*, XII: 335-351.

SANMARTÍ, J., GILI, E., RIGO, A. y DE LA PINTA, J. (1992): *Els primers pobladors de Santa Coloma de Gramenet. Dels orígens al món romà*, Història de Santa Coloma de Gramanet, 1, Museu Torre Balldovina - Ajuntament de Santa Coloma de Gramenet, Santa Coloma de Gramenet.

TARACENA, B. (1943): «Cabezas trofeo en la España céltica», *Archivo Español de Arqueología*, XVI: 157-171.

VILÀ, M.V. (1979-1980): «Los materiales del silo 146 de Ullastret», *Pyrenae*, 15-16: 211-219.

VIVES, E. y MIRÓ, C. (1991) «Restos humanos de época ibérica en Montjuic (Barcelona). La excavación de l'Avinguda dels FF.CC. - antiga via de Magòria - en la montaña de Montjuic», *Nuevas Perspectivas en Antropologia*, Granada: 1073-1088.